

INTRODUCCIÓN

MI QUERIDÍSIMO AMIGO

En verano de 1776, cuando David Hume yacía en el lecho de muerte, gran parte del pueblo británico esperaba ansioso las nuevas de su defunción, tanto al norte como al sur del río Tweed. Durante casi cuatro décadas, Hume había desafiado sus opiniones filosóficas, políticas y, sobre todo, religiosas. Había sufrido una vida entera de vituperios y reproches de los beatos, incluyendo un intento de excomunión por parte de la Iglesia de Escocia, aunque para entonces ya estaba fuera de su alcance. Todos querían saber cómo se enfrentaría a su fin el famoso infiel. ¿Mostraría arrepentimiento, o tal vez apostataría del escepticismo? ¿Sin el consuelo habitual que proporciona creer en el más allá, moriría en un estado de desasosiego? A la postre, Hume murió tal y como había vivido, con un buen humor sorprendente y sin echar mano de la religión. El relato más destacado de su fin calmado y valiente lo brindó su mejor amigo, otro filósofo renombrado que acababa de publicar un libro que cambiaría el mundo. En palabras del mismo Adam Smith, pese a que *La riqueza de las naciones* era un «ataque virulento [...] contra el sistema comercial de Gran Bretaña», tuvo una acogida bastante buena¹. De hecho, Smith fue objeto de mucho más oprobio con motivo de una carta breve que publicó ese mismo año y que describía —de forma laudatoria— la alegría y la se-

renidad de Hume durante los últimos días de vida. La carta acababa afirmando que su incrédulo amigo era una persona «cuya erudición y virtud se acercaban tanto a la perfección como tal vez permita la fragilidad humana»². Esto es lo más cerca que Smith estuvo jamás de enemistarse con los devotos, y fue algo que pagó con creces, aunque nunca se arrepintió. Fue el colofón perfecto para una amistad crucial en la vida de dos de los pensadores más notables de la historia. Este libro cuenta la historia de esa amistad.

Hay que decir que los dos protagonistas del libro se habrían opuesto a su mera existencia. Aunque acumularon fama y cierta fortuna, Hume y Smith repudiaban que los escritos sin pulir y los pormenores de su vida privada salieran a la luz. Hume temía que su correspondencia «cayera en manos equivocadas y fuera publicada», y Smith recalcó: «Si puedo evitarlo, no permito nunca que mi nombre salga en el periódico, cosa que, a mi pesar, no siempre consigo»³. Esta preocupación no obedecía solo a razones de privacidad, sino a la reputación póstuma. Cuando Hume murió, William Strahan, editor de ambos autores, contempló la posibilidad de sacar una recopilación de las cartas del filósofo, pero Smith desechó la idea enseguida. Tenía miedo de que otros se pusieran «inmediatamente a rebuscar entre los cajones de aquellos que habían recibido alguna vez un trozo de papel de él» y que se acabaran publicando muchas cosas inapropiadas, para infortunio de todos aquellos que deseaban mantener intacta su reputación⁴. Cuando se acercaba su final, Hume y Smith ordenaron a los albaceas que quemaran casi todos los documentos. En el caso de Smith se cumplió la petición, pero en el de Hume no⁵.

Sin embargo, Smith sabía perfectamente que «la gente ansía saber las circunstancias más baladíes y los dimes y diretes de los grandes hombres» porque, al parecer, él mismo compartió esta fascinación⁶. James Boswell, padre de la biografía mo-

derna y alumno de Smith durante una breve etapa, justificó así que sus memorias de Samuel Johnson fueran detalladas: «Todo lo relativo a una figura de su dimensión es digno de mención. Recuerdo que, en sus clases sobre retórica en Glasgow, el Dr. Adam Smith nos contó que le encantaba saber que los zapatos que llevaba Milton eran de cordones y no de hebilla»⁷. Es más, Hume llamó la atención popular sobre él al componer una concisa autobiografía durante su enfermedad terminal. La tituló *Mi vida*, y pidió a Strahan que la usara como prólogo para todas las recopilaciones futuras de sus escritos. Está claro que Smith aprobó la idea, pues aportó una narración suplementaria de los últimos días de Hume en forma de *Letter from Adam Smith, LL.D. to William Strahan, Esq. (Carta del Dr. Adam Smith a don William Strahan)*, la carta que provocó tanto alboroto. (Ambos textos se incluyen en el apéndice de este libro.) Esto es lo más próximo a una obra conjunta entre ambos. Con su colaboración, Smith advierte al lector de forma ostensible sobre su amistad usando la palabra *friend* ('amigo') hasta diecisiete veces en apenas seis páginas. Además, los genios rara vez son intachables al juzgarse a sí mismos. Hume y Smith temían que la publicación de sus cartas mancillara la reputación que habían labrado con las obras de mejor corte, pero conocer mejor su personalidad y amistad mutua no hace sino aumentar nuestro sentimiento de admiración. Por último, este libro tampoco se centra exclusivamente en sus escritos no publicados. Como filósofos y hombres de letras, destinaron buena parte de la vida a pensar y escribir, y su amistad se caracterizó por el interés en las ideas y obras recíprocas, por lo que estas serán uno de los ejes de nuestra historia.

A la vista de la prominencia e influencia de Hume y Smith, es curioso que hasta ahora no se haya escrito ningún libro sobre su relación personal o intelectual⁸. Una razón podría ser que sus vidas —en especial la de Smith— no están tan documentadas como uno esperaría. Hume no fue un escritor prolífico de correspondencia, si bien las cartas que nos han llegado son tan

lúcidas y divertidas que compensan el laconismo y la escasez. Su producción, en cambio, es copiosa. Aparte de múltiples tratados filosóficos, tenemos los seis últimos volúmenes de la *Historia de Inglaterra*, ensayos sobre prácticamente cualquier tema que uno pueda imaginar, unos cuantos panfletos sobre sucesos de la época y, por descontado, *Mi vida*. Smith fue aún más perezoso que Hume a la hora de escribir cartas, al parecer porque escribir le resultaba físicamente arduo⁹. Su aversión por la pluma era un hábito que Hume a veces le recriminaba. La presentación de las cartas lo ilustra: «Puedo escribir con tan poca frecuencia y extensión como vos...»; o «soy un corresponsal tan perezoso como vos...»¹⁰. Además, Smith solo publicó dos libros: *La teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones*. Poseemos una serie de ensayos que sus albaceas publicaron póstumamente y apuntes de alumnos de algunos cursos que dio, pero la suma total queda eclipsada por la producción de Hume. De hecho, los biógrafos de Smith se quejan a menudo de que parece que se esforzó para complicarles las cosas. Envió pocas cartas, publicó solo dos libros y antes de fallecer se aseguró de que quemaran sus documentos. Y, por si fuera poco, Smith procuró por todos los medios no escribir sobre sí mismo. Tal y como comenta un experto en el tema, por lo que respecta a la exteriorización autoconsciente es la antítesis total de su contemporáneo Jean-Jacques Rousseau¹¹.

Por fortuna para nosotros, Smith escribió cartas a Hume con algo más de rigor que al resto, especialmente en los últimos años. Desde que se conocieron hasta que Hume murió, Smith escribió o recibió un total de ciento setenta cartas, de las cuales quince fueron de Smith a su amigo, y otras cuarenta y una en el otro sentido. Es, con mucho, el más pródigo de cuantos se enviaron cartas con Smith durante este periodo. (Por lo que respecta a Hume, de todas las cartas que han sobrevivido, hay destinadas más a Smith que a ningún otro, exceptuando a los editores William Strahan y Andrew Millar.) Las cincuenta y seis cartas entre ambos discurren sobre todo tipo de cuestiones, in-

cluyendo sus ideas y argumentos, los avatares de los textos que publicaron, incidentes cotidianos y libros recientes, así como de familias, amigos, contrincantes, estados de salud, perspectivas laborales, viajes y planes de futuro. Algunas son bastante cortas y banales, pero otras son graciosas, intelectualmente trascendentes o nos dan señales sobre la forma de ser de ambos. Analizando el contenido y la salutación de cada carta, uno puede ver cómo su relación se hizo más y más fraternal. Las cartas iniciales comenzaban con un saludo formal («Muy Sr. mío»), pero pronto evolucionaron hacia fórmulas más afectivas («Estimado Smith» o «Estimado Hume»). A continuación, pasaron a «Mi querido amigo» y, finalmente, llegaron a «Mi queridísimo amigo», un tratamiento que ninguno de ellos usó para referirse a otros destinatarios, al menos mientras fueron amigos¹².

En prácticamente todos los escritos de Smith hay abundantes referencias explícitas e implícitas a Hume. No puede decirse lo mismo a la inversa, puesto que Hume ya había compuesto casi todas las obras antes de que apareciera el primer libro de Smith. No obstante, sí publicó una crítica anónima de *La teoría de los sentimientos morales* nada más imprimirse. De resultas de la fama que reunieron en vida, muchos contemporáneos documentaron anécdotas sobre ellos. Así pues, pueden encontrarse comentarios y reminiscencias sobre su amistad en un puñado de fuentes, o bien de la época, o bien muy cercanas: la biografía de Smith de Dugald Stewart; la retahíla de escritos de James Boswell; la autobiografía del pastor moderado* Alexander Carlyle y el diario del dramaturgo John Home, que se movían por los mismos círculos que Hume y Smith; la correspondencia privada de varios conocidos suyos; periódicos, críticas

* Los moderados eran ideólogos de la Iglesia de Escocia que formaron parte de la Ilustración, se opusieron al dogmatismo religioso y defendieron regirse esencialmente por las escrituras, tal y como hacía el luteranismo. (N. del t.)

literarias y esquelas; además de las anécdotas recopiladas por Henry Mackenzie y John Ramsay de Ochtertyre, entre otros. Este libro recoge todos los testimonios disponibles para confeccionar un retrato lo más fiel posible de su amistad.

Otra razón que podría explicar por qué el apego entre Hume y Smith no ha sido objeto de un análisis más profundo es que las amistades tienen menos alicientes que las riñas o desavenencias. Los conflictos acarrean un gran dramatismo, y la buena camaradería no. Tal vez por eso no sea de extrañar que se hayan escrito tantos libros sobre pugnas filosóficas —solo hay que pensar en *El atizador de Wittgenstein* y *El perro de Rousseau* de David Edmonds y John Eidinow, *El gran debate* de Yuval Levin, *The Best of All Possible Worlds* de Steven Nadler, *El hereje y el cortesano* de Matthew Stewart, y *La querrela de los filósofos* de Robert Zaretsky y John Scott, solo por citar algunos títulos recientes—, pero muchos menos sobre amistades entre filósofos¹³. Incluso en las biografías de Hume se suele prestar menos atención a la amistad duradera con Smith que a la breve disputa con Rousseau, la cual, a pesar del sensacionalismo que espoleó, no fue ni de lejos tan crucial sobre su vida y pensamiento.

Aunque comprensible, este relativo desinterés por las amistades entre filósofos es una pena. La amistad se ha percibido siempre como un componente clave de la filosofía y de la vida filosófica, tal y como vemos al realizar una lectura somera de Platón o Aristóteles. El segundo es reputado por haber manifestado que la amistad es la única posesión de la que nadie prescindiría si tuviera todas las riquezas del mundo, y Hume y Smith estaban claramente de acuerdo¹⁴. Hume sostenía que «la amistad es el máximo gozo para las personas», y Smith decía que el afecto y el cariño de nuestros amigos constituyen «la principal fuente de la felicidad humana»¹⁵. Hume propuso inclusive un pequeño experimento mental para demostrar la hipótesis de

Aristóteles: «Imaginemos por un instante que todos los poderes y elementos de la naturaleza se conjuraran para servir y obedecer a un solo hombre. Que el alba o el ocaso se produjeran a su orden, que los mares y ríos fluyeran a su total satisfacción y que la Tierra abasteciera espontáneamente todo lo que a él le conviniera o apeteciera. Seguiría siendo un desgraciado hasta que no tuviera a alguien con quien compartir su felicidad, aunque solo fuera una persona... alguien de cuya estima y amistad pudiera disfrutar»¹⁶. La noción de la amistad también ejerce un papel bastante eminente en la *Historia de Inglaterra* de Hume. Según apunta una de las grandes especialistas en el autor, Hume entiende la «capacidad para hacer amigos [...] como una prueba de fuego de nuestra personalidad»¹⁷.

Aristóteles clasifica las amistades en tres categorías: las que están motivadas por el interés, las que lo están por el placer y —las más nobles y raras de todas— las que lo están por la virtud o la excelencia. Smith hace una distinción similar en *La teoría de los sentimientos morales*, pero insiste en que la última es la única que «merece el sagrado y venerable calificativo de amistad»¹⁸. La relación entre Smith y Hume es un caso cuasi arquetípico de esta categoría, al tratarse de un vínculo estable, duradero y recíproco que surge, no solo del provecho que cada uno extrae del otro o del placer que obtienen en compañía, sino de la persecución coincidente de un fin honorable: en su caso, el entendimiento filosófico. Al examinar la relación personal e intelectual entre Hume y Smith, se puede extraer un punto de vista diferente sobre la amistad que el que irradian las obras de Platón, Aristóteles, Cicerón, Michel de Montaigne, Francis Bacon, y otros¹⁹. Mientras que estos influyentes filósofos tendían a analizar el concepto de la amistad de forma abstracta —la fisonomía poliédrica de la amistad, sus raíces en la condición humana, el nexos existente con el interés propio, el amor romántico y la justicia—, al tomar el ejemplo de Hume y Smith vemos algo insólito, una amistad filosófica de muchos quilates en acción: es decir, un estudio de casos.

Puede que no haya ningún prototipo mejor de amistad entre filósofos en toda la historia occidental. De hecho, es difícil pensar en cuáles podrían ser los contendientes. ¿Sócrates y Platón? Dado que se llevaban cuatro décadas de edad, es probable que la relación fuera más parecida a la de maestro y alumno, o quizá a la de mentor y protegido, que a una entre iguales. Y, en cualquier caso, la descripción de cómo fue su relación personal es exigua. Platón y Aristóteles, ídem. John Locke e Isaac Newton se admiraban, pero no se puede decir que fueran amigos íntimos. Martin Heidegger y Hannah Arendt tuvieron más bien una relación romántica (tormentosa) que una amistad, igual que Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir (con algo menos de melodrama). En cuanto a Michel de Montaigne y Étienne de La Boétie, Gotthold Lessing y Moses Mendelssohn, Jeremy Bentham y James Mill, G. W. F. Hegel y Friedrich Schelling, Karl Marx y Friedrich Engels, y Alfred North Whitehead y Bertrand Russell, la importancia de por lo menos uno de los componentes de la pareja es bastante inferior a la de Hume y Smith, tanto en términos de impacto como de innovación. Sí se acercan bastante a su nivel Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau, si se les puede considerar filósofos y no escritores. Probablemente los principales rivales serían Erasmo y Tomás Moro, pero por la influencia y el peso de su pensamiento, muchos optarían por Hume y Smith²⁰.

El contexto en que floreció la amistad entre Hume y Smith fue tan increíble como la amistad en sí misma. Cuando nacieron a principios del siglo XVIII, Escocia llevaba sufriendo miserias y plagas desde tiempos inmemoriales, además de estar sumida en la ignorancia y la superstición y padecer conflictos religiosos constantes y ocupaciones militares esporádicas. Según el propio Hume, Escocia había sido durante mucho tiempo «tal vez la nación más vulgar de toda Europa; la más pobre, bulliciosa y agitada»²¹. Y, aun así, Hume y Smith fueron testigos de la lle-

gada de una emocionante nueva era de prosperidad económica y desarrollo cultural, un cambio tangible —y pasmoso— para la gente de la época. En 1757, Hume resumió de forma acertada la sensación al comentar a un amigo lo siguiente: «Es de lo más asombroso ver la cantidad de hombres brillantes que este país ha engendrado últimamente». Además, se pregunta: «¿No es extraño que, ahora que hemos perdido a nuestros príncipes, nuestros parlamentos, nuestro Gobierno independiente, e incluso la presencia de nuestra nobleza de alto copete, cuando estamos compungidos, cuando por culpa de nuestro acento y pronunciación hablamos un dialecto macarrónico... no es extraño, digo, que en estas circunstancias seamos el pueblo más excelso de Europa en términos literarios?»²². Dugald Stewart, el primer biógrafo de Smith, no daba crédito «del brote repentino de genios en este país justo después del levantamiento [jacobita] de 1745, y que a un extranjero debe de parecerle surgido como por arte de magia»²³. A comienzos del siglo XIX, Walter Scott recordó con nostalgia los días de Hume, Smith y sus compatriotas, «cuando había auténticos gigantes en la Tierra»²⁴. Los escoceses no fueron los únicos que repararon en este progreso. En 1776, Edward Gibbon, quizá el inglés más ilustrado de la época, admitió lo siguiente: «Siempre he mirado con respeto a la región norte de nuestra isla, donde el refinamiento y la filosofía parecen haberse refugiado huyendo del humo y las prisas de esta inmensa capital [Londres]»²⁵.

Por lo común, la Ilustración escocesa se considera hoy una edad de oro intelectual a la altura del siglo de Pericles en Atenas, la *pax romana* de Augusto y el Renacimiento en Italia. Incluso existe un libro superventas titulado *How the Scots Invented the Modern World*,²⁶ que explica cómo los escoceses moldearon el mundo moderno. Algunos de los humanistas más destacados, aparte de Hume y Smith, fueron Hugh Blair, Adam Ferguson, Henry Home (o lord Kames), Francis Hutcheson, John Millar, Thomas Reid, William Robertson y Dugald Stewart. Este renacimiento escocés también incluyó a científicos como el funda-

dor de la geología moderna James Hutton, el químico Joseph Black y James Watt, reconocido por su máquina de vapor, y artistas como el pintor Allan Ramsay, el dramaturgo John Home y el arquitecto Robert Adam. Todas estas celebridades eran conocidos de Hume y Smith, y se dejarán ver en nuestra historia. Los intelectuales escoceses, como a menudo se les denominaba, no eran pensadores desilusionados enfrentados a la clase dominante de la sociedad, como solía suceder con sus homólogos en Francia, sino que eran miembros muy admirados y comprometidos de sus comunidades. Salvo contadas excepciones —de las cuales Hume es la más ilustre—, todos tenían profesiones eruditas en la universidad, el ámbito judicial, la Iglesia o la medicina. Tal vez esto provocó, en parte, que sus puntos de vista carecieran del cariz subversivo tan conspicuo entre los *philosophes* parisinos. Así pues, la vertiente más radical del pensamiento de Smith y, en especial, de Hume destacaba más a primera vista²⁷.

A mediados de siglo, aquella nación que había llegado al siglo XVIII como una región fronteriza pobre y atrasada en la periferia de Europa se había convertido en el centro neurálgico de la actividad intelectual. ¿Cómo lo hizo? Hubo varios factores: el sistema innovador de escuelas parroquiales, que había hecho de Escocia una de las naciones más alfabetizadas del mundo; las universidades de Glasgow, Edimburgo, Aberdeen y St. Andrews, que llegaron a estar entre las mejores de Europa; la aparición de múltiples clubs y grupos de debate; un sector editorial en auge; y los pastores moderados más progresistas que tomaron el timón de la Iglesia presbiteriana de Escocia²⁸. Igual de relevante, o más, fue la unión de 1707, que formó la Gran Bretaña²⁹. Escocia no había tenido un monarca propio desde la Unión de las Coronas en 1603, pero cuando su Parlamento se fusionó con el de Inglaterra a las puertas del siglo XVIII, la nación quedó todavía más ligada a su poderoso vecino sureño. Esto auguraba una mayor seguridad y estabilidad, además de un acceso más amplio a los mercados de Inglaterra y sus colonias. Los escoceses renunciaron a buena parte de su poder político en virtud

del acuerdo —en la Cámara de los Comunes recién constituida solo les correspondieron 45 de los 558 escaños—, pero conservaron bastante soberanía en justicia, religión y educación. Pese a que tardó más de lo que esperaban sus simpatizantes, la unión acabó dando lugar a la expansión económica que se había previsto, e incrementó las libertades y oportunidades individuales. Huelga decir que no todos los escoceses estaban contentos con la nueva situación, tal y como reflejan claramente los levantamientos jacobitas de 1715 y 1745, pero fueron pocos los intelectuales escoceses eminentes que cuestionaron las ventajas de la unión. En particular, Hume y Smith la recibieron con los brazos abiertos, aunque lamentaron que se perpetuaran los prejuicios de los ingleses respecto a todo lo escocés.

En resumen, la amistad entre Hume y Smith tuvo lugar en un periodo de estabilidad política de Gran Bretaña. De hecho, sobrevino justo entre etapas de más agitación: se conocieron en 1749, unos años después del último de los grandes levantamientos jacobitas, y Hume falleció en 1776, exactamente cuando el conflicto con las colonias norteamericanas empezaba a tomar cuerpo. Lo único que alteró en serio la paz política durante ese periodo fue la guerra de los Siete Años con Francia (1756-1763) y las revueltas incitadas por John Wilkes en defensa de la libertad en la década de 1760 y principios de la de 1770. Aunque estas revueltas sí perturbaron a Hume en su momento, los episodios fueron bastante insulsos en la mayoría de los sentidos, sobre todo si los comparamos con los disturbios que se produjeron al comienzo y al final de siglo: por una parte, la Revolución Gloriosa y la unión de 1707 y, por otra parte, las Revoluciones americana y francesa.

El marco religioso de la época también resulta relevante para nuestra historia. Uno de los resultados de la Revolución Gloriosa fue que, en 1690, el presbiterianismo fue reinstaurado como religión oficial de Escocia, mientras que Inglaterra mantuvo el dogma anglicano. Sin embargo, la naturaleza y las prácticas de la Iglesia presbiteriana fueron una fuente conti-

nua de conflictos, a menudo cruentos, durante buena parte del siglo XVIII. Como señala un experto,³⁰ cuando Hume y Smith eran jóvenes, la Iglesia era «tan severa e intolerante como cualquier otra en Europa». Promulgaba una exégesis especialmente sombría e implacable del calvinismo, incluyendo la fe en la predestinación y la inherente corrupción total del hombre. Prohibía actividades como bailar, divertirse en las bodas y pasear indolentemente por las calles los domingos. Cuando Voltaire visitó Gran Bretaña a finales de la década de 1720 —Hume era un adolescente y Smith un muchacho—, describió al pastor presbiteriano prototípico como alguien con «rostro serio y mirada avinagrada» que arengaba a su rebaño con «exhortos serios y severos»³¹. Tan solo unas pocas décadas antes, en 1697, un alumno de la Universidad de Edimburgo de dieciocho años, llamado Thomas Aikenhead, fue ahorcado por blasfemar ante sus amigos con aire pretencioso³². Hasta bien entrado el siglo, se continuó sentenciando a muerte a presuntas brujas; la última mujer condenada por brujería en Escocia fue quemada viva en 1727 por haber convertido a su hija en un potro (el caso habla por sí solo)³³.

A medida que el siglo XVIII fue avanzando, un grupo de clérigos progresistas, conocidos como los moderados, se coordinaron para intentar atraer a la Iglesia presbiteriana, aunque esta pateara, hacia un mundo moderno más digno e ilustrado³⁴. Profesaban una variante comedida del calvinismo, con especial énfasis en la conducta por encima del credo, e insistían en la importancia de la tolerancia y del conocimiento humanístico. Los moderados estaban compuestos por muchos de los grandes intelectuales de Edimburgo. Sus adalides eran William Robertson y Hugh Blair, y también contaban entre sus filas a miembros como Adam Ferguson y John Home. Todos estos individuos eran amigos de Hume y Smith, aunque en el caso del primero de los dos era más por cortesía que porque coincidieran genuinamente en sus opiniones. Ningún pastor, por muy liberal que fuera, podía aprobar por completo la profanidad más o me-

nos manifiesta de Hume. El programa de los moderados encontró la oposición sistemática de una facción contraria dentro de la Iglesia presbiteriana: aquellos denominados indistintamente evangélicos, *high-flyers* o miembros del Partido del Pueblo³⁵. Estos daban mucha importancia a la doctrina ortodoxa estricta, y pretendían conservar o recuperar las normas y prácticas más severas —hay quienes las tildarían de represivas— propias de la Iglesia presbiteriana desde la época de John Knox y de la Reforma escocesa. Su intransigencia y el gran apoyo popular con el que contaba entre la gente humilde provocaron que el proceso de liberalización fuera lento e irregular. Incluso cuando los moderados se hicieron con el control mayoritario de la Iglesia presbiteriana en la segunda mitad de siglo, el Partido del Pueblo fue capaz de seguir poniendo en apuros a los no creyentes y los inconformistas anglicanos. Como observaremos a lo largo del libro, Hume y Smith tomaron rumbos muy distintos ante esta realidad, tanto en su vida como en su obra.

El hecho de que Hume y Smith adoptaran posturas tan dispares respecto a sus coetáneos más devotos es todavía más sorprendente si tenemos en cuenta cuánto se parecían los diversos principios de su ideario. Hume era doce años mayor, y fue el primero en afanarse a salir del nido. Compuso casi todas sus obras antes de que Smith empezara a publicar las suyas, por lo que el pensamiento de Smith estuvo mucho más marcado por Hume que a la inversa. Por supuesto, Smith bebió de muchos otros pensadores, aparte de su amigo del alma —se le ha descrito como «el gran ecléctico»—, pero prácticamente todos los especialistas en Smith le atribuyen una influencia subyacente de Hume en casi todo lo que escribió³⁶. Por ejemplo, en su reciente biografía de Smith, Nicholas Phillipson le llama «un adepto comprometido de Hume», e incluso «un fanático» de este, con «la intención de descubrir las implicaciones de la filosofía de Hume y extender su alcance a territorios de los que iba a apo-

derarse»³⁷. No obstante, esto no significa que Smith se limitara a adoptar las perspectivas de Hume en su totalidad. En realidad, veremos que cambió casi todo lo que tocó. Samuel Fleischacker, el prestigioso especialista en Smith, describe su relación intelectual de forma oportuna: «El pensamiento de Smith gira en torno al de Hume. Cuesta horrores encontrar algo en *La teoría de los sentimientos morales* o en *La riqueza de las naciones* que no tenga origen o precedentes en Hume. Aun así, no hay casi ningún aspecto en el que Smith coincida plenamente con Hume»³⁸. Fleischacker reitera su tesis en muchos fragmentos, y destaca que «no reconocer la deuda de Smith con Hume sería obviar la fuente de la mayoría de sus ideas troncales. Sin embargo, pasar por alto las reinterpretaciones que hizo —es decir, su negativa incesante, por no decir obsesiva, de aceptar los preceptos de Hume sin retocar— sería obviar lo que resulta característico y más interesante en Smith»³⁹.

Hay una serie de mitos sesgados respecto a Hume y Smith que ponen en entredicho la extraordinaria afinidad intelectual entre ambas figuras. Según estos mitos, Hume era un filósofo especialmente interesado en cuestiones metafísicas y epistemológicas abstractas, mientras que Smith era un economista terco más preocupado por cuestiones prácticas; políticamente, Hume era un *tory* conservador, y Smith un *whig* liberal; y en cuanto a la religión, Hume era un escéptico —o incluso tal vez un ateo—, mientras que Smith era un fervoroso creyente. La primera de estas presuntas divergencias se puede rebatir con facilidad. Es cierto que Hume comenzó su carrera investigando cuestiones metafísicas y epistemológicas, y que es lo que los filósofos académicos han destacado más de cuanto escribió. No obstante, ya en su primer libro, *Tratado de la naturaleza humana*, Hume dejó atrás estos asuntos tan abstractos y planteó debates más prácticos sobre psicología y moralidad. También escribió ensayos sobre un gran abanico de temas, desde la política hasta la poligamia, pasando por la economía y la oratoria, además de varios tomos acerca de la religión y la

monumental *Historia de Inglaterra*. La verdad es que durante su vida, y durante muchas generaciones posteriores, Hume fue considerado más un historiador que un filósofo.

En la misma línea, aunque asiduamente se ensalza a Smith como padre fundador del capitalismo, en realidad fue mucho más que un economista que acuñó la teoría de la mano invisible y alabó el libre comercio, tal y como nunca se cansan de señalar quienes hoy interpretan su obra. Smith fue un catedrático de Filosofía Moral que trató la economía política como una mera cuestión más de interés intelectual, y advirtió —a decir verdad, más que Hume— sobre la cantidad de peligros e inconvenientes potenciales de la sociedad comercial. Smith dio clases de Ética, Jurisprudencia y Retórica, y escribió ensayos sobre la formación de las lenguas y la historia de la astronomía, entre otras materias. Al margen del Libro 1 del *Tratado* de Hume y de los pasajes más ilustres de *La riqueza de las naciones*, salta a la vista que los intereses de Hume y de Smith coincidieron bastante, en parte porque a ambos les atraía... bueno, casi todo.

Durante buena parte del siglo xx, los escritos filosóficos de Smith se consideraron poco más que notas al pie de los de Hume y, durante largo tiempo, en ciencias económicas se ha tenido a Hume como un predecesor menor de Smith, cuando no se le ha arrinconado por completo. Irónicamente, al encararlos veremos la importancia de las contribuciones de Smith a la filosofía moral y las de Hume a la economía política. Smith siguió el ejemplo de Hume y desarrolló una teoría moral basada en los sentimientos humanos, pero su versión del sentimentalismo moral incorporó varias mejoras significativas respecto a la de Hume. Por su parte, Hume abogó por el libre comercio y resaltó los beneficios morales, sociales y políticos del comercio varias décadas antes de que apareciera *La riqueza de las naciones*. Es sorprendente ver cómo esa obra se asentó en gran medida sobre los fundamentos de Hume.

La segunda presunta dicotomía entre los dos es igual de engañosa. El sentir político de Hume tenía su tonalidad conserva-

dora, y Smith es indudablemente un miembro clave del liberalismo, pero lo mismo puede decirse en sentido contrario: Hume también era un liberal en el sentido amplio de la palabra, y el liberalismo de Smith tenía una vocación conservadora. En concreto, ambos pensadores se adhirieron a los ideales básicos asociados a la tradición liberal, y subrayaron las ventajas del Estado de derecho, el gobierno limitado, la tolerancia de cultos, la libertad de expresión, la propiedad privada y el comercio. Así pues, por lo general ambos apoyaban el orden moderno, liberal y mercantil de la Gran Bretaña de la época. Por otro lado, los dos recelaban de las innovaciones desmedidas y repentinas en política. Según su opinión, la razón humana es imperfecta y la esfera política es complicada y cambiante, por lo que deberíamos desconfiar de los grandes planes para reestructurar radicalmente la sociedad. Pese a que defendieron aplicar ciertas reformas para la sociedad de su tiempo —más libertad para el comercio y para el culto, para empezar—, siempre fueron firmes en la idea de que estos cambios tenían que aplicarse gradual y equilibradamente.

En lo concerniente a apelativos como *tory* y *whig*, ni Hume ni Smith pueden describirse como entusiastas en un sentido estricto, ya que no tenían mucha fe en ninguno de los dos partidos mayoritarios de Gran Bretaña en el siglo XVIII. Uno de los especialistas más notables de la Ilustración escocesa toma como punto de partida una de las cartas de Hume para etiquetarles a ambos como «*whigs* escépticos»: *whigs* porque apoyaban la constitución surgida de la Revolución Gloriosa, al creer que había sido útil para fomentar la libertad y la seguridad individual, y escépticos porque esquivaban sin rodeos el bagaje ideológico que solían comportar los principios *whigs*⁴⁰. Posiblemente les sentaría incluso mejor el título de liberales pragmáticos, puesto que abrazaron los ideales básicos de la tradición liberal, pero también resaltaron la importancia de la moderación, la prudencia, la flexibilidad y la atención al contexto a la hora de aplicar dichos ideales⁴¹. Sea como fuere, las diferencias

políticas entre ambos fueron relativamente menores, pequeños matices de detalle y énfasis, más que de fondo.

La tercera y última de las dicotomías que a menudo se atribuyen a estos dos pensadores —la relativa a sus opiniones religiosas— bien merece nuestra consideración y nuestro análisis, sobre todo por el papel clave que desempeñará en esta historia. La religión era una de las preocupaciones destacadas de Hume. Casi todo lo que escribía guardaba relación con este tema de una forma u otra: la credibilidad de los argumentos a favor, el origen y las consecuencias desde el punto de vista psicológico, su historia, los efectos sobre la moralidad y la política... Aunque es obvio que debe sopesar un poco la cuestión en sus escritos, el perfil básico de su tesis es bastante claro: Hume no era ni un creyente ni un ateo redomado, sino lo que podríamos llamar un agnóstico o, como se les denominaba en el siglo XVIII, un escéptico (en cualquier caso, el término preferible)⁴². Nunca negó categóricamente la existencia de un poder superior, pero juzgaba inverosímiles los argumentos principales a favor de dicha existencia, y consideraba que los efectos de la religión eran en esencia perniciosos. Conforme a los comentarios de un especialista en el tema, «la crítica que hace Hume de la religión y de la fe religiosa es [...] sutil, profunda y mordaz hasta límites insospechados, tanto para predecesores como para la mayoría de sucesores filosóficos»⁴³. A veces, Hume presentaba sus argumentos con ingenio y perspicacia —poniéndolos en boca, por ejemplo, del personaje de un diálogo o enmascarando conclusiones escépticas detrás de un fideísmo asombrado de los misterios que entraña la voluntad de Dios—, pero solía ser sumamente fácil ver a través de sus cortinas de humo. La gente de la época no se dejaba engañar, y Hume tampoco lo pretendía. Al contrario, a menudo se recreaba con la perspectiva de suscitar «un murmullo entre los fanáticos»⁴⁴.

Smith prefería abstenerse de hablar en plata. Tanto en sus escritos como en la vida privada, se guardó por todos los medios de revelar sus creencias religiosas —o la carencia de ellas—

y procuró evitar confrontaciones a la descubierta con los devotos. Los coetáneos señalaron que, cuando salía el tema de la religión en las conversaciones, Smith era «muy precavido»⁴⁵. También escribió mucho menos que Hume sobre la materia, y lo poco que compuso apunta en varias direcciones. Por un lado, en *La teoría de los sentimientos morales* Smith invoca varias veces la idea de un orden providencial, y por lo general habla de la inclinación religiosa con cierta simpatía. En comparación con Hume, Smith otorgaba más beneficios prácticos al hecho de creer en un poder superior, sobre todo por el consuelo y el sustento de la moralidad que proporciona. Por otro lado, ninguna de las premisas esenciales de Smith sobre moralidad, política o economía se apoya en proposiciones religiosas. Siempre que recurre al «creador de la naturaleza» para ampliar un argumento, también ofrece una fundamentación más mundana. Lo cierto es que uno de los propósitos centrales de su teoría moral, al igual que en el caso de Hume, era demostrar que la moralidad emana de los propios seres humanos, y no de la palabra o el designio de Dios, de forma que la religión no es una condición *sine qua non* para la virtud. Las diversas revisiones que Smith fue haciendo de *La teoría de los sentimientos morales* suavizaron el trasfondo religioso de las primeras ediciones, pero la primera ya era lo suficientemente ambigua como para que muchos lectores quedaran desconcertados con las convicciones reales de Smith. Por ejemplo, el reverendo James Wodrow, que había sido alumno suyo, recomendó el libro a un amigo poco después de ser publicado, y comentó de forma equívoca lo siguiente: «El autor parece despreciar el vicio y reverenciar la virtud, y tal vez denota una vocación religiosa. Por lo menos no parece que el libro tenga tendencias licenciosas como gran parte de la producción de Hume sobre esos asuntos, aunque los principios sean esencialmente los mismos»⁴⁶. Además, el otro libro de Smith, *La riqueza de las naciones*, es increíblemente secular en su lenguaje y punto de vista, y algunos de los ensayos póstumos eran de lo más escépticos.

En la actualidad no hay más consenso que en tiempos de Smith sobre sus opiniones religiosas. Las conjeturas van de una fe cristiana sólida a un ateísmo escondido, aunque la mayoría de expertos se sitúan en un punto medio y consideran a Smith una especie de deísta⁴⁷. Tras estudiar tanto tiempo la amistad entre Smith y Hume, es inevitable que la interpretación de uno se vea empujada hacia el extremo más escéptico del espectro. Emma Rothschild, por ejemplo, señala con acierto que su correspondencia revela tal «intimidad y complicidad», que parece «difícil creer que pudieran existir diferencias religiosas insalvables»⁴⁸. En sus cartas, solían bromear acerca de la religión, y la ironía de Smith en esta materia era tan pronunciada y transparente como la de Hume. Ciertamente, Smith se negó a aceptar la responsabilidad de publicar póstumamente los *Diálogos sobre la religión natural* de su amigo, con lo que se generó cierta discordia entre ellos durante los últimos días de Hume. A menudo esto se ve como un indicio de que Smith disentía del escepticismo de Hume, o lo reprochaba, pero en el capítulo 10 veremos que este hecho fue menos amargo y tuvo menos carga filosófica de lo que se tiende a pensar. Por cuanto unos meses después Smith elogió sobradamente la sabiduría y la virtud de Hume en *Carta a Strahan*, podemos desechar la idea de que la incredulidad religiosa de su amigo le perturbaba.

Ahora que han pasado más de dos siglos enteros, es imposible determinar qué hizo que Smith fuera mucho más reticente que Hume en este aspecto, pero es fácil imaginar varios motivos: por ejemplo, puede que Smith simplemente fuera más circunspecto; que le preocupara más la reputación, la carrera o el éxito profesional; que viera la religión como un fenómeno menos importante o peligroso; que considerara más efectivo luchar contra los peligros de la religión mediante el silencio administrativo que mediante la confrontación directa; que no quisiera ofender a su madre, una mujer creyente con la que estaba muy unido; o que hubiera aprendido la lección tras presenciar los choques desdichados entre Hume y los devotos⁴⁹.

(Por supuesto, podrían concurrir varias de estas posibilidades.) Pese a todo, su prudencia hace que sea difícil no caer en las especulaciones sobre la fe personal de Smith. Si se le tuviera que poner una etiqueta a su convicción religiosa, este servidor usaría la de deísta escéptico (a diferencia de Hume, que era un escéptico sin paliativos)⁵⁰. Muy probablemente Smith no fue un cristiano creyente —no mostró ninguna señal de haber aceptado la divinidad de Jesucristo, por poner un ejemplo—, y parece que recelaba de la mayoría de formas de devoción religiosa. No obstante, es muy posible que conservara la creencia en un poder superior distante, quizá benevolente.

Es evidente que, a los beatos de la época, esto no les habría importado ni pizca: ateísmo, escepticismo y deísmo implicaban no creer en el cristianismo, y se consideraban lo mismo. De hecho, todos estos términos se usaban con frecuencia para denotar infamia. Respecto a cómo veían a Hume y Smith sus coetáneos, una distinción teórica tan sutil como la existente entre el escepticismo de Hume y el deísmo escéptico de Smith era mucho menos relevante que la divergencia a efectos prácticos, mucho mayor, entre la sinceridad de Hume y las reservas calculadas de Smith. Estas posturas antitéticas conllevaron reputaciones igual de antitéticas: a Hume se le bautizó como «el gran infiel» y se le calificó de incapaz para instruir a los más jóvenes —solicitó dos cátedras, y en ambos casos la clerecía se opuso enérgicamente a su candidatura—, y Smith se convirtió en un catedrático reverenciado de Filosofía Moral. Todo esto, como veremos, provocó muchas chanzas entre ellos, pero no mitigó lo más mínimo el afecto mutuo.